

# El reino de Dios - Hechos 1:6-11

---

**(Hch 1:6-11)** *“Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.”*

## Introducción

Los primeros versículos de Hechos tratan sobre una serie de acontecimientos de tal importancia que obligatoriamente debemos conocer y relacionar correctamente entre sí, si queremos cumplir con la comisión que el Señor nos ha encargado. Hagamos un breve resumen de ellos:

- En primer lugar, encontramos que Jesús dedicó una parte importante de los cuarenta días que pasó con sus discípulos después de su resurrección a hablarles *“acerca del reino de Dios” (Hch 1:3)*. Hasta ese momento el concepto del *“reino”* se asociaba estrechamente con Israel, pero ¿cómo quedaban las cosas después de que la nación judía había rechazado y dado muerte a su Mesías?
- Otro suceso de gran trascendencia fue la ascensión del Señor al cielo. Esto necesariamente marcaba un antes y un después tanto en relación con la manifestación del reino, así como con la forma en la que el Señor se iba a relacionar con sus discípulos desde ese momento.
- La glorificación del Señor Jesucristo facilitó el descenso del Espíritu Santo. Y como los profetas del Antiguo Testamento habían señalado con frecuencia, el derramamiento del Espíritu de forma generosa y universal sería una de las principales señales y bendiciones del reinado del Mesías. Ahora bien, cabe preguntarnos de qué manera el Espíritu hace presente el gobierno de Dios en el tiempo presente, porque evidentemente no se ajusta a lo que los judíos estaban esperando.
- Unido al descenso del Espíritu Santo encontramos la comisión que el Señor hizo a sus apóstoles y discípulos: *“recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hch 1:8)*. Esto también introducía un cambio muy importante en cuanto a lo que había sido la tendencia de Israel por siglos. Ellos estaban acostumbrados a que las naciones se interesaran por el Dios de Israel y fueran hasta Jerusalén a encontrarse con él en su templo, pero ahora el Señor invierte el orden, y envía a sus discípulos a salir desde Jerusalén con las buenas noticias del evangelio y llegar hasta lo último de la tierra.
- Por último, tendremos ocasión de considerar las palabras de los dos ángeles que se colocaron junto a los apóstoles en el momento cuando Jesús ascendía al cielo, y

que les informaron acerca de su segunda venida: *“Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo” (Hch 1:11)*. Quedaba abierto, por lo tanto, un período entre su ascensión y segunda venida, que ya se extiende por casi dos mil años, y que está marcado por el mandato de testificar a todas las naciones acerca del Señor Jesucristo y su Obra en la Cruz.

Como podemos apreciar, se trata de acontecimientos fundamentales para la fe cristiana, y que en este breve pasaje no sólo son mencionados, sino que aparecen relacionados entre sí, dándonos una visión global de las sucesivas etapas que Dios está siguiendo para el establecimiento final de su Reino de manera visible en esta tierra.

## El concepto del Reino de Dios

Hemos visto que Jesús estuvo enseñando a sus discípulos *“acerca del reino de Dios”*, y ahora vamos a considerar que la última pregunta que ellos le hicieron versaba sobre este mismo tema: *“¿Restaurarás el reino a Israel en este tiempo?”*. El tema del reino de Dios está presente a lo largo de todas las Escrituras, dando cohesión a todas sus partes. Tan amplio e importante es, que antes de seguir adelante, creemos que es conveniente que repasemos algunas cuestiones básicas sobre lo que es el reino de Dios y cómo se manifiesta.

### 1. El reino de Dios lo abarca todo

Básicamente podemos decir que un reino es el ámbito sujeto a la autoridad de un rey. Y en el caso del reino de Dios incluye absolutamente todo lo creado. Porque como dijo Pablo, *“de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.” (Ro 11:36)*. Por supuesto, esto no sólo incluye el mundo de los hombres, sino que abarca también a todas las huestes espirituales. El salmista expresó el dominio absoluto de Dios sobre toda su creación de la siguiente manera:

**(Sal 103:19-22)** *“Jehová estableció en los cielos su trono, y su reino domina sobre todos. Bendecid a Jehová, vosotros sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, obedeciendo a la voz de su precepto. Bendecid a Jehová, vosotros todos sus ejércitos, ministros suyos, que hacéis su voluntad. Bendecid a Jehová, vosotras todas sus obras, en todos los lugares de su señorío. Bendice, alma mía, a Jehová.”*

Y además de abarcarlo todo, su reino tampoco conoce ninguna limitación de tiempo, sino que se extiende por toda la eternidad.

**(Sal 145:13)** *“Tu reino es reino de todos los siglos, y tu señorío en todas las generaciones.”*

### 2. Oposición dentro del reino de Dios

Pero habiendo dicho esto, también debemos reconocer que cuando miramos a nuestro alrededor vemos que hay muchas cosas que no se ajustan a la voluntad de Dios revelada en su Palabra. ¿Qué está pasando? ¿Es real el gobierno de Dios o es sólo una bonita ilusión?

La Biblia, con el realismo que le caracteriza, se hace eco de esta oposición contra el gobierno de Dios. Sin darnos demasiados detalles, nos informa que la rebelión que vemos en nuestro mundo, fue precedida por otra entre los mismos ángeles. Y aunque no sabemos cómo se originó este reino satánico de tinieblas morales y espirituales, los primeros capítulos del libro de Génesis nos explican que esta rebelión se introdujo en nuestro mundo por la acción de Satanás que fue seguida por Adán y Eva **(Gn 3:1-6)**.

Esta actividad contraria a la voluntad del Rey eterno oscurece el reino de Dios en este mundo. No cabe duda de que el pecado ha dañado gravemente la belleza y hermosura que inicialmente existió antes de la entrada de este elemento de rebeldía.

Debido a esta autoridad usurpada, Satanás es conocido como el *“príncipe de la potestad del aire”* y su influencia es ejercida sobre los habitantes de este mundo (**Ef 2:2**) y también está en guerra constante contra los mismos creyentes (**Ef 6:10-13**).

### 3. El plan de Dios para el “restablecimiento” de su reino

La presencia en nuestro mundo de esta rebelión contra el gobierno de Dios, rápidamente se extendió por toda la raza, alcanzando tal magnitud que algunos se preguntan con cierta lógica si realmente él sigue siendo el Soberano que dirige los destinos de este mundo, o si su posición como rey es tan solo una figura decorativa heredada del pasado, que como en muchas monarquías en nuestras sociedades contemporáneas, tienen un papel simbólico, estando en realidad sujetas a la población, que es quien toma las decisiones de forma democrática.

La historia bíblica deja claro que Dios nunca ha abdicado como Rey legítimo de este mundo, ni tampoco acepta ser su Rey en un sentido simbólico. Dios tiene el poder y el derecho legítimo para acabar con cualquier rebelión, y de hecho lo hizo cuando trajo el diluvio universal sobre este mundo (**Gn 6-7**), o destruyó ciudades concretas como Sodoma y Gomorra (**Gn 19:1-29**), o dispersó a la sociedad altiva que se levantó contra él en Babel (**Gn 11:1-9**).

Sin embargo, aunque Dios tuvo que intervenir en juicio debido al peligroso incremento de la inmoralidad, su deseo nunca ha sido destruir al hombre. Su propósito no es establecer su reino en este mundo por la fuerza, que evidentemente podría hacerlo, sino que su plan es otro muy diferente.

A lo largo de todo el Antiguo Testamento encontramos anuncios de este plan de restauración que Dios se propone. En relación a esto tenemos que recordar el llamamiento que hizo a un hombre, Abraham, de quien después formaría la nación de Israel. Su intención era manifestar su voluntad por medio de un pueblo, donde su reino universal que jamás se interrumpe, fuese manifestado de manera visible en nuestro mundo. Con este fin estableció un pacto con Abraham por el que le garantizaba bendiciones personales, la multiplicación de su simiente, la posesión de la tierra prometida, y la protección de la raza contra sus enemigos. Todas estas promesas de bendición para toda la raza encontraban su base en su *“simiente”*, es decir, en un descendiente suyo (**Gn 15:1-21**).

Dios empezó a cumplir sus promesas y la nación de Israel quedó formada tras su salida de Egipto y su establecimiento en la tierra prometida. En ese tiempo Dios gobernaba directamente sobre su pueblo por medio de hombres que no eran reyes, sino instrumentos de Dios, quien era el único Rey. Fue un tiempo en que Israel era una teocracia.

Pero la degeneración del pueblo, del sacerdocio y de los jueces, hicieron que Israel cayera una y otra vez en manos de sus enemigos. Fue entonces cuando Dios intervino para nombrar a David como rey sobre la nación (**Sal 78:56-72**). Y también hizo un pacto con él por medio del cual Dios se comprometía a levantar de entre sus descendientes a uno que se sentaría en su trono eternamente (**2 S 7:8-16**).

Con el tiempo los reyes de la dinastía de David llegaron a su fracaso inevitable, al punto de que Israel fue llevado en cautiverio a Babilonia, y la ciudad de Jerusalén y su templo destruidos. Sedequías fue el último rey de la dinastía de David que gobernó sobre el

pueblo judío (**2 R 25:1-7**). Es cierto que algunos judíos retornaron a Jerusalén y a Judea en tiempos de Esdras y Nehemías, pero tanto ellos como sus descendientes se encontraron siempre bajo el dominio de las grandes potencias de Persia, Grecia y Roma, aparte de un breve intervalo de independencia bajo los primeros Macabeos, que tampoco tenían derecho legítimo al trono.

En ese ambiente, dadas las catástrofes de la historia de Israel, todo el pueblo estaba expectante esperando la venida del Mesías. El profeta Daniel, quien escribió desde el cautiverio en Babilonia, tuvo una esperanzadora visión del futuro de la nación. Él anunció a un *“hijo de hombre”* quien establecería en este mundo la soberanía de Dios:

*(Dn 7:13-14) “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él. Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido.”*

La *“simiente”* prometida a Abraham en la cual serían benditas todas las naciones de la tierra, el *“hijo de David”* que se sentaría eternamente en el trono de Dios, y el *“hijo del Hombre”* del que habló el profeta Daniel, y del que se dice que le fue dado dominio, gloria y reino sobre todos los pueblos, todos ellos se referían a una misma persona, el Mesías de Dios.

Resumiendo podemos decir que en la historia de Israel se entremezclan continuamente los fracasos de la nación con las promesas que Dios les hacía de bendición a través de su Mesías. Dios quería establecer su reino en este mundo a partir de Israel, pero era evidente que su fracaso como nación arruinaba una y otra vez el proyecto. Porque a pesar de que ellos habían tenido unos privilegios únicos en su trato con Dios, y habían recibido de él leyes justas que los hacía un pueblo especial, sin embargo, su naturaleza caída les hacía tropezar una y otra vez. Y esta misma sigue siendo la experiencia en todas las partes de este mundo. A pesar de haber visto grandes avances en muchas áreas del saber humano, seguimos sin lograr erradicar cuestiones tan dolorosas como las guerras, el hambre, la explotación de los menos favorecidos y un sinnúmero de lacras sociales que nos deberían avergonzar como seres humanos.

En último término, si este mundo ha de ver el reino justo de Dios, éste nunca podrá ser establecido sobre el humanismo, porque precisamente el hombre y su naturaleza pecadora es la clave del problema. Y Dios sabe perfectamente que en tanto que no solucione el problema del pecado en el ser humano, será imposible establecer su reino.

Como ya hemos visto, Dios se proponía hacer esto por medio del Mesías que vendría de la descendencia de Abraham y del rey David. Pero el Antiguo Testamento no sólo indicaba por medio de quién se iba a establecer su reino, sino también la forma en que lo haría. El profeta Isaías anunció que el Mesías, el Siervo de Jehová, quitaría el pecado del hombre por medio del sacrificio de sí mismo:

*(Is 53:5-6) “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.”*

Todo esto se cumplió en la persona del Señor Jesucristo, *“hijo de David, hijo de Abraham”* (**Mt 1:1**). Y por su muerte en la Cruz derrotó al pecado y estableció el fundamento inmovible de su reino. Él sabía que sería imposible establecer los principios de su reino en personas pecadoras, antes era necesario librar al hombre de la

esclavitud del pecado. Por eso cuando los judíos quisieron venir *“para apoderarse de Jesús y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo” (Jn 6:15)*.

#### 4. La venida del Mesías

Con la venida del Señor Jesucristo se inauguró una nueva etapa en la manifestación del Reino de Dios. Y el tema del reino es tan importante que impregna toda la predicación de Jesús. Según el evangelio de Marcos, comenzó su ministerio de esta manera:

*(Mr 1:14-15) “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.”*

El centro de esta proclamación es el anuncio de la proximidad del reino y la necesidad de la conversión y la fe para poder entrar en él. Pero ¿en qué sentido el reino estaba cerca? Bueno, aquí tenemos que asociar el reino de Dios con la persona de Cristo. El mismo Rey había venido a este mundo rebelde y estaba obrando en medio de él. Esto es lo que se desprendía de sus palabras cuando dijo a los judíos: *“mas si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros” (Lc 11:20)*. Esta nueva proximidad del reino residía en él mismo. A través de su presencia y su actividad, Dios entró en la historia de un modo totalmente nuevo. Por esta razón dice que *“el tiempo se ha cumplido”*.

Ahora bien, el concepto del reino de Dios que los judíos esperaban, distaba mucho del que Cristo había venido a establecer en su primera venida. A los mismos discípulos les costó mucho asimilarlo, y la mayoría de los judíos rechazaron a Jesús porque no satisfacía sus expectativas en cuanto a su concepto del reino. Vamos a considerar brevemente algunas de estas diferencias:

- Por ejemplo, en el judaísmo todo estaba centrado en la colectividad del pueblo elegido, mientras que el mensaje de Jesús era sumamente individualista. Estaba dirigido a cada persona para que recibiera su palabra, se arrepintiera y pusiera la fe en él. De esta manera, la parábola del sembrador servía para mostrar las diferentes reacciones de la persona ante la Palabra sembrada en su corazón **(Mr 4:1-20)**.
- En consecuencia, el reino de Dios que Cristo anunciaba no se podía localizar en ningún mapa, como ocurre con todos los reinos de este mundo. Su lugar está en el interior del hombre. Allí crece, y desde allí actúa.
- Por otro lado, el reino que Cristo predicaba no entraba en conflicto con los reinos de este mundo. Fue en este sentido que le dijo a Pilato: *“Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí” (Jn 18:36)*. Y esta fue una de las razones por las que muchos judíos de su tiempo le rechazaron, porque no establecía un reino político en oposición a los romanos.
- Y también la forma en que su reino se extendía era silenciosa. *“Preguntado por los fariseos, cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió y dijo: El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está entre vosotros” (Lc 17:20-21)*.

#### 5. La reacción de la nación judía ante la venida del Mesías

Como decíamos, los judíos esperaban un Mesías político que los librara del yugo de Roma, pero como vemos, éste no era uno de los objetivos de su venida. Para Cristo, mucho más grave que la presencia de los romanos en su tierra, era la presencia del pecado en sus vidas. Liberarles de esto último era el objetivo de su primera venida.

Así que finalmente Cristo fue rechazado por la parte “oficial” de Israel, quienes promovieron, y finalmente lograron, que el gobernador romano lo crucificase.

Y cuando Jesús fue clavado en una cruz, muchos que pensaban que él era el Cristo que había de redimir a Israel, quedaron abatidos y desconsolados (**Lc 24:18-21**). Todas sus esperanzas se desvanecieron.

Pero Dios no había fracasado en su intención de establecer su reino en este mundo por medio de su Mesías, ya que en realidad los fundamentos habían quedado establecidos definitivamente por medio de su muerte y resurrección, ya que en realidad, sólo de esta manera podía ser justificado el pecado y el reino de Dios instaurado en el corazón de las personas. De esta manera el enemigo fue derrotado, perdiendo sus armas por las que tenía prisioneros a los hombres, que como sabemos son el pecado y la muerte (**He 2:14-15**).

## 6. El futuro de Israel

Después de la muerte y resurrección de Cristo, la mayoría de la nación judía continuó rechazándole, por lo que la nueva iglesia cristiana se constituyó principalmente por gentiles.

Por otro lado, los judíos continuaron sin ser independientes, y mucho menos después de que el general Tito, en el año 70 de nuestra era, destruyera el templo y la ciudad de Jerusalén, dispersando por todo el mundo a los judíos que lograron sobrevivir.

Ante este escenario cabe preguntarse si Israel va a volver a contar en los planes de Dios para su reino. ¿Qué va a ocurrir con las numerosas profecías que así lo confirmaban?

El apóstol Pablo trata en Romanos capítulos 9 al 11 la posición de Israel presente y futura. Y allí reafirma que a causa de su incredulidad y endurecimiento han sido desechados, pero no para siempre, porque *“irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”* (**Ro 11:29**). De modo que finalmente todo Israel será salvo y medio de grandes bendiciones para el mundo.

**(Ro 11:25-28)** *“Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados. Así que en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros; pero en cuanto a la elección, son amados por causa de los padres.”*

¿Cuándo ocurrirá esto? Según este texto, cuando *“haya entrado la plenitud de los gentiles”* y venga *“el Libertador”*. La *“plenitud de los gentiles”* se refiere a la Iglesia, que en este tiempo es de mayoría gentil. Y después de esto hay indicios en las Escrituras de una época final de tribulación para la nación de Israel que terminará con la venida del *“Libertador”* y la conversión de la nación judía. Este destino futuro de Israel se relaciona estrechamente con el “Reino Milenial”.

La raza judía ha sido conservada milagrosamente a través de los siglos a pesar de violentos movimientos antisemitas, y ahora se hallan otra vez en Palestina, habiendo adquirido de nuevo su categoría de nación, y han vuelto a hablar el antiguo hebreo por primera vez desde su cautiverio en Babilonia. Todo esto es evidencia de que Dios no se ha olvidado de ellos, y aunque al presente siguen rechazando a su Mesías, todo parece estar siendo conducido para su restauración final.

## 7. La formación de la Iglesia

Cuando Israel rechazó a su Mesías, Dios entregó el reino a otro pueblo. Esto fue lo que el Señor anunció por medio de la parábola de la viña y los labradores malvados: *“el reino de Dios será quitado de vosotros, y será dado a gente que produzca los frutos de él”* (Mt 21:33-46).

Este pueblo es la Iglesia, formada mayormente por gentiles. Este nuevo concepto del reino de Dios no había sido anunciado en el Antiguo Testamento, era un misterio que los apóstoles, y en especial Pablo, se encargaron de revelar en el Nuevo Testamento.

## 8. El reino de Dios escatológico

Algunos se han mostrado decepcionados con la Iglesia. Dicen en tono crítico: “Jesús anunció el Reino de Dios y ha venido la Iglesia”. En realidad, esperaban que el reino de Dios transformaría el mundo y lo que ha llegado es algo que evidentemente deja mucho que desear. Además ¿dónde quedan aquellas promesas de un reino glorioso del que los profetas del Antiguo Testamento habían hablado en tantas ocasiones?

Frente a todo esto, el reino de Dios en su manifestación presente, ya sea en el individuo o en la iglesia, es sin duda una realidad humilde. Pero el Señor Jesucristo ya había expresado la escasa importancia de este reino en su etapa actual. Por ejemplo, lo podemos ver en la parábola de la semilla de mostaza, que es la más pequeña de todas las semillas (Mt 13:31-32); o en la pequeña parte de levadura que es escondida (Mt 13:33); o en la semilla que se echa en la tierra y allí sufre distintas suertes: la picotean los pájaros, la ahogan las zarzas, se seca por falta de agua (Mt 13:1-9); o la semilla de trigo que crece junto a la cizaña (Mt 13:24-30).

Sin embargo, aunque en estas parábolas el comienzo es siempre pequeño y humilde, su fin presentará otra realidad completamente diferente. De alguna manera todo esto nos anuncia la próxima irrupción del nuevo mundo de Dios, de su soberanía manifestada de forma visible en nuestro mundo.

Y en este sentido, el reino de Dios no se introducirá de forma lenta y paulatina, sino que irrumpirá de pronto. Cristo les dijo a sus discípulos: *“Porque como el relámpago que al fulgurar resplandece desde un extremo del cielo hasta el otro, así también será el Hijo del Hombre en su día”*. Y sigue comparando su venida futura con las catástrofes que pusieron fin tanto a la iniquidad del mundo antediluviano como a la de Sodoma y Gomorra, y añade: *“Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste”* (Lc 17:22-30).

Este momento es conocido en el Antiguo Testamento como *“el día de Jehová”*. Y por el libro de Apocalipsis sabemos que el reino de las tinieblas llegará a su apogeo cuando Satanás haga surgir su *“anticristo”*, quien se hará rey y dios de los hombres que no han querido someterse al Cristo de Dios, pero en la venida del Señor, su atrevida rebelión será cortada y Cristo destruirá toda oposición y reinará en esta tierra (2 Ts 2:3-12) (Dn 7:19-27).

Lógicamente esta aparición en gloria del Señor rodeado de todos sus ángeles con él para sentarse en su trono (Mt 25:31), irá acompañada con el juicio de las naciones, que preparará el terreno para la inauguración del reino en manifestación en esta tierra (Ap 19:11-16).

## *“¿Restaurarás el reino a Israel en este tiempo?”*

Después de estas consideraciones previas acerca del reino de Dios, que seguramente ocuparon mucha de la enseñanza del Señor a sus discípulos durante esos días, tenemos

que acercarnos a nuestro texto para considerar la pregunta que los discípulos hicieron a Jesús en relación a este tema: “¿Restaurarás el reino a Israel en este tiempo?”.

### 1. ¿Es una pregunta razonable?

Esta pregunta de los discípulos ha suscitado una gran diversidad de comentarios, y la mayoría de los expositores están de acuerdo en criticar la torpeza de los apóstoles. Sus argumentos son los siguientes:

Después de tantas enseñanzas como habían recibido del Señor, todavía no comprendían que el reino era espiritual y universal. Ellos seguían insistiendo en una interpretación terriblemente literal de la venida del reino. Lo único que parecía interesarles era un reino material, territorial, político, nacionalista y en el que ellos tuvieran una buena posición sin tener nada más que hacer. Les parecen unos idealistas que sueñan con establecer una imaginaria utopía en la tierra.

Realmente nos sorprende la dureza de muchas de las críticas que han recibido. Ahora bien, no olvidemos que ellos hicieron esta pregunta después de haber escuchado al Señor tratar este tema durante los últimos cuarenta días previos a su ascensión, y nos cuesta creer que el Maestro no hubiera sido capaz de enseñarles un concepto tan fundamental para su misión futura. Más bien, nos inclinamos a pensar que era una pregunta inevitable después de todo lo que habían aprendido, y por eso fue incluida en el texto inspirado para nuestra seria consideración. Por supuesto, ellos habían escuchado al Señor hablar sobre la naturaleza espiritual de su reino y también sobre la necesidad de morir en la Cruz (**Mt 16:21-28**). También les había explicado que, a diferencia de los reyes de este mundo, dentro de su reino los primeros puestos se alcanzaban por una vida de servicio (**Mt 20:26-28**). Y como sabemos, durante algún tiempo habían ofrecido mucha resistencia para aceptar estas cosas, que de hecho, no llegaban a comprender plenamente (**Lc 18:34**). Pero después de la muerte y resurrección del Señor, su entendimiento fue abierto y comprendieron que esto era lo que decían las Escrituras acerca del Mesías:

*(Lc 24:45-47) “Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.”*

### 2. ¿En qué basaban la pregunta?

Es verdad que había importantes profecías que anunciaban los sufrimientos del Mesías, y que los discípulos no habían tenido en cuenta (**Is 53**) (**Sal 22**). Pero como acabamos de ver, por la resurrección y las enseñanzas posteriores de Jesús, habían llegado a comprenderlas.

Ahora bien, ¿qué iba a ocurrir con el resto de profecías que anunciaban el reino glorioso del Mesías? Porque los profetas habían anunciado los sufrimientos del Mesías, pero también las glorias que vendrían tras ellos:

*(1 P 1:10-11) “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros, inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos.”*

Y los apóstoles no tenían ningún tipo de duda acerca de que Jesús era el Mesías anunciado por las Escrituras, el “hijo de David” prometido. Así pues, ¿por qué no podemos



pensar que deseaban verle exaltado al puesto de dignidad y honor que le correspondía? ¿Tenían que aceptar como algo normal que el Mesías abandonara este mundo en silencio después de haber sido humillado por las autoridades judías y romanas? ¿No decía el Salmo 2 que después de que los reyes se unieran contra el Ungido de Jehová y le rechazaran, Dios pondría a su rey sobre Sión, su santo monte y le daría por herencia las naciones y como posesión suya hasta los confines de la tierra?

*(Sal 2:1-8) “¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte. Yo publicaré el decreto; Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú; yo te engendré hoy. Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra.”*

Por lo tanto, si el Mesías ya había completado la obra de la Cruz, ¿qué impedía que estableciera su reino de una forma visible y gloriosa en este mundo? ¿No hay numerosas profecías del Antiguo Testamento que indicaban señaladas bendiciones para el pueblo de Israel? ¿No incluía el pacto que Dios había hecho con Abraham y los demás patriarcas un futuro brillante para Israel, expresado éste en términos territoriales?

En fin, no cabe duda de que ellos estaban seguros de que el Señor cumpliría de una forma literal todas las promesas que había hecho a su pueblo Israel, por eso no preguntaron si iba a restaurar el reino a Israel, sino cuándo iba a hacerlo, y como luego veremos en la contestación del Señor, no encontramos nada que nos haga pensar que él no se dispusiera a hacerlo.

Además, aunque los apóstoles han recibido fuertes críticas por esperar un puesto en el reino de Israel, no hemos de olvidar que fue el mismo Señor quien se lo había dicho:

*(Mt 19:28) “Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.”*

*(Lc 22:29-30) “Yo, pues os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel.”*

Algunos reinterpretan todas las profecías del Antiguo Testamento sobre el futuro glorioso de Israel de una forma espiritual, aplicándolas a la Iglesia en este tiempo. Pero esto no es coherente, puesto que estas profecías no podían referirse a la Iglesia, ya que ésta no es mencionada en el Antiguo Testamento, sino que como Pablo enseñó, era un misterio que había sido revelado en su tiempo por los apóstoles del Señor:

*(Ef 3:5-7) “Misterio que en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio, del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder.”*

Por otro lado, el Señor acababa de anunciar que en pocos días recibirían el Espíritu Santo, razón por la que no debían irse de Jerusalén (**Hch 1:4-5**). Y ellos recordaban que el profeta Joel había hablado del derramamiento del Espíritu en relación con el día del Señor y el glorioso reinado del Mesías.

**(JI 2:28-31)** *“Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre, y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de Jehová.”*

Si el Espíritu Santo había de ser derramado sobre ellos en pocos días, ¿no indicaba esto que la manifestación del Reino parecía inminente? El profeta Joel no dejaba dudas sobre el hecho de que después de la venida del Espíritu Santo vendría el día del Señor grande y terrible, cuando Dios restauraría a Judá y Jerusalén, visitaría las naciones gentiles con un juicio apocalíptico, quebrantaría su dominio sobre Israel y restauraría a Jerusalén como el centro de la presencia divina. Leamos lo que continúa diciendo el profeta Joel.

**(JI 3:1-2)** *“Porque he aquí que en aquellos días, y en aquel tiempo en que haré volver la cautividad de Judá y de Jerusalén, reuniré a todas las naciones, y las haré descender al valle de Josafat, y allí entraré en juicio con ellas a causa de mi pueblo, y de Israel mi heredad, a quien ellas esparcieron entre las naciones, y repartieron mi tierra.”*

**(JI 3:11-12)** *“Juntaos y venid, naciones todas de alrededor, y congregaos; haz venir allí, oh Jehová, a tus fuertes. Despiértense las naciones, y suban al valle de Josafat; porque allí me sentaré para juzgar a todas las naciones de alrededor.”*

**(JI 3:16-17)** *“Y Jehová rugirá desde Sion, y dará su voz desde Jerusalén, y temblarán los cielos y la tierra; pero Jehová será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel. Y conoceréis que yo soy Jehová vuestro Dios, que habito en Sion, mi santo monte; y Jerusalén será santa, y extraños no pasarán más por ella.”*

El Antiguo Testamento prometía que Dios haría muchas cosas por medio del Mesías cuando viniera. El Señor ya había hecho algunas. Su muerte y resurrección fueron hechos realmente extraordinarios e insólitos. Pero los profetas del Antiguo Testamento también anunciaban otras muchas cosas igualmente maravillosas. Veamos lo que decía el profeta Miqueas.

**(Mi 4:1-8)** *“Acontecerá en los postreros tiempos que el monte de la casa de Jehová será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos. Vendrán muchas naciones, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, y a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos, y andaremos por su veredas; porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y él juzgará entre muchos pueblos, y corregirá a naciones poderosas hasta muy lejos: y martillarán sus espadas para azadones, y sus lanzas para hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se ensayarán más para la guerra... En aquel día, dice Jehová, juntaré la que cojea, y recogeré la descarriada, y a la que afligí; y pondré a la coja como remanente, y a la descarriada como nación robusta; y Jehová reinará sobre ellos en el monte de Sion desde ahora y para siempre. Y tú, oh torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sion, hasta ti vendrá el señorío primero, el reino de la hija de Jerusalén.”*

Por tanto, aquí tenemos otra clara la promesa del dominio restaurado a Israel. ¿Cómo hemos de entender esta hermosa promesa de que un día cesará todo conflicto, prevalecerá la justicia y el mundo conocerá la paz universal? ¿Es tan sólo la expresión poética de un ideal, que hemos de procurar pero no alcanzar nunca? ¿O se trata de una promesa específica de Dios? Y si es realista, y tiene garantías de cumplimiento, ¿qué

significa exactamente? ¿Cómo hemos de interpretarla? Y sobre todo, ¿cuándo piensa Dios ponerla en práctica?

Como decimos, algunos han optado por una interpretación espiritual de la profecía de Miqueas y de otras muchas similares a esta que encontramos a lo largo del Antiguo Testamento. Así que según ellos, la devolución del dominio de la “*hija de Sión*” significa el establecimiento del reino espiritual de Cristo en la iglesia el día de Pentecostés. Pero notemos que según Miqueas, en ese día muchas naciones rechazarían el conflicto armado, y cabe preguntarnos ¿qué naciones procedieron al desarme después de Pentecostés? Si debemos interpretarlo figurativamente, como algo que ha ocurrido en los corazones de aquellos que se convierten, entonces tendremos que admitir que esta visión nos hace tener poca esperanza para nuestro mundo, destruido constantemente por las guerras. Y en consecuencia, tendríamos que admitir que el cristianismo no tiene una solución realista para el mundo.

Por otro lado, cuando Miqueas dice que “*el monte de la casa de Jehová será establecido por cabecera de montes, y más alto que los collados, y correrán a él los pueblos*” (Mi 4:1), vemos por el versículo siguiente que se refiere al templo en Jerusalén. Ahora bien, los que optan por interpretar estos versículos de forma “espiritual”, dicen que esto es una referencia a la iglesia y a la posición de influencia dominante que ha ejercido sobre el mundo desde Pentecostés. Pero notemos qué es lo que dice exactamente Miqueas. Según los versículos 2 al 5, se describe a las naciones que vendrían con agrado a escuchar la Palabra de Dios, lo que les conduciría a abandonar la lucha armada. Lamentablemente, los que esperan que esta promesa ya se cumplió en Pentecostés o en siglos posteriores, no les queda más que un mensaje carente de esperanza para este mundo. Porque la realidad es que no ha habido ninguna ocasión desde entonces en que la predicación del Evangelio y el establecimiento del reino espiritual de Cristo haya llevado a una nación al desarme, y mucho menos a nivel universal. Es más, las naciones llamadas cristianas han sido y siguen siendo líderes en la producción de armas y con mucha frecuencia están inmersos en conflictos bélicos por todo el mundo. Además, la Biblia nos advierte que llegará un momento en que este mundo alcanzará cierto tipo de paz y seguridad universal, pero será algo ficticio que precederá al terrible día del Señor, que vendrá en juicio sobre un mundo que no se ha querido arrepentir.

*(1 Ts 5:1-3) “Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán.”*

Frente a un mundo agotado por las guerras, el terrorismo y el hambre, el mensaje del profeta Miqueas trae una nueva esperanza. Sin embargo, todo esto se desvanece si lo único que podemos esperar es una interpretación espiritual de estos pasajes. Pero no hay ninguna razón hermenéutica para interpretarlo así. Y por supuesto, lo que Dios dijo a través del profeta Miqueas alcanzará su cumplimiento en el tiempo señalado por Dios.

Recogemos aquí otra profecía de Isaías que coincide plenamente con lo expresado por Miqueas:

*(Is 2:2-4) “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a*

*muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzaré espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra.”*

Y así lo creyeron también los apóstoles. Sólo tenemos que escuchar la predicación del apóstol Pedro afirmando que en la venida de Cristo él restaurará todas las cosas (**Hch 3:21**), incluyendo el reino a Israel, en el sentido en que Dios lo entiende. ¿Entiende la Iglesia el proyecto del Reino de Dios tal como lo predicaron Jesús y sus apóstoles?

### **3. ¿Cuál fue la reacción de Jesús ante esta pregunta?**

La pregunta de los discípulos suscitó cierta reprensión del Señor por la curiosidad que manifestaron los discípulos por saber el tiempo en que sería llevada a cabo la restauración del reino a Israel.

*(Hch 1:7) “Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad.”*

Pero a pesar de esta reprensión, notemos con atención que Jesús en ningún momento dijo que el reino no fuera a ser devuelto a Israel. De hecho, lo que dio a entender es que sí le sería devuelto, aunque no les dijo cuándo. El Señor no corrigió la forma en la que ellos interpretaban la restauración del reino a Israel, explicándoles que debían entenderla de una manera espiritual. No consta ninguna aclaración de este tipo. Además, si la restauración se iba a producir de forma espiritual y tendría lugar inmediatamente en el día de Pentecostés con la venida del Espíritu Santo, entonces no tenía sentido decir: “no os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones”, puesto que les acababa de explicar que esto tendría lugar “dentro de no muchos días” (**Hch 1:5**).

Por otro lado, la respuesta de Jesús tiene ciertos parecidos con su famoso discurso profético. En aquel caso usó un lenguaje similar para referirse al momento de su segunda venida. Veamos lo que dijo: “Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre” (**Mt 24:36**). Y también Pablo se refiere a “los tiempos y las sazones” cuando habla de la segunda venida de Cristo (**1 Ts 5:1-3**). De esto debemos deducir por la respuesta de Cristo a la pregunta de los apóstoles acerca de la restauración del reino a Israel, que ésta se produciría en un momento desconocido por ellos, pero que coincidiría con su segunda venida. Y esta suposición queda confirmada dos capítulos después cuando Pedro predica exactamente esto mismo. Dirigiéndose a un público judío que también esperaba la restauración de Israel, les dijo lo siguiente:

*(Hch 3:19-21) “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de las que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.”*

Ahora bien, antes de pasar al siguiente punto, debemos advertir una vez más que a pesar de que Cristo ya les había reprendido anteriormente por su curiosidad escatológica, ellos siguieron preguntándole por el momento en que tendrían lugar los acontecimientos del fin. Y parece que veinte siglos después, el mismo error todavía persiste en ciertos ámbitos. Y eso a pesar de que todas las previsiones que hasta ahora se han hecho han resultado equivocadas. Otros se pronuncian dogmáticamente afirmando que tal o cual acontecimiento de la historia del mundo es una señal de que el fin está cerca o de que se producirá en cierto tiempo. Este tipo de cosas, además de dejar desconcertados a creyentes muy sencillos y excesivamente crédulos, es una actitud que el Señor desapueba y que debemos evitar. No caigamos en la trampa de ir más allá de lo que la Biblia nos permite enseñar, ni demos rienda suelta a la curiosidad natural del hombre sobre lo que sucederá en el futuro. Observemos en cambio, que la actitud que la Biblia

nos recomienda tener frente a estos sucesos futuros, siempre es la de estar preparados, expectantes y activos en su servicio.

**(Mt 24:44-46)** *“Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis. ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, al cual puso su señor sobre su casa para que les dé el alimento a tiempo? Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así.”*

#### 4. Las dos venidas del Mesías

Según los judíos entendían el Antiguo Testamento, el Mesías vendría una sola vez. Sin embargo, el Señor había hablado con frecuencia de su regreso al Padre y de su segunda venida. Por lo tanto, los discípulos tenían que modificar todas sus ideas previas acerca de la venida del Mesías. Y era razonable que quisieran saber qué partes del programa prometido se iban a cumplir en cada una de sus venidas. Al fin y al cabo, ellos eran los encargados de salir a predicar este programa mesiánico por el cual Dios se proponía restaurar todas las cosas.

Y lo mismo ocurre con nosotros. Si hemos de ser testigos responsables del Señor Jesús, debemos conocer con la máxima precisión posible todo el plan de Dios para el establecimiento de su reino. Tener las ideas poco claras sobre este asunto nos llevará inevitablemente a la confusión de nuestras esperanzas y predicaciones. Como por ejemplo algunos de los primeros cristianos en Tesalónica, que llegaron a creer que el día del Señor que anunciaron los profetas en el Antiguo Testamento se había cumplido ya antes de la segunda venida de Cristo (**2 Ts 2:1-12**). Y esto mismo afirman también otras religiones como los Testigos de Jehová, o los Bah'ais.

#### 5. La explicación del programa

En primer lugar, debemos notar que el reino de Dios es gradual en su expansión. Cuando Jesús se acercaba a Jerusalén, *“pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente”* (**Lc 19:11**). Y en la pregunta que le hicieron los discípulos después de su resurrección, se incluía también una referencia al momento en que el Señor restablecería el reino a Israel. Probablemente su pregunta tenía el siguiente sentido: “¿Es ahora cuando vas a restaurar el reino a Israel?”.

El Señor no contestó directamente a su pregunta, pero en la parábola que acabamos de mencionar, el noble se iba a un país lejano para recibir el reino y volver (**Lc 19:11-27**). Por lo tanto, la restauración del reino de Dios de un forma visible en este mundo tendrá que esperar hasta la segunda venida del Señor (**Hch 3:20-21**).

Así que, en vista de todo esto, si los judíos querían prepararse para la segunda venida del Mesías, y participar con él en todas las bendiciones de esta gran restauración, debían arrepentirse. Y por eso el testimonio de la iglesia, fortalecido y dirigido por el Espíritu Santo, debe tener este mismo propósito. Aunque como el Señor indicó, la predicación debería ser dirigida a todos los pueblos y naciones (**Hch 1:8**) (**Hch 3:19**).

Por lo tanto, queda claro que el propósito del intervalo entre la ascensión del Señor y su segunda venida no es el de restaurar el reino a Israel, sino el de dar testimonio universal de Cristo. Hasta la segunda venida del Señor, la misión global de la iglesia en el poder del Espíritu debe ser anunciar lo que Cristo ha obtenido con su primera visita, y hacer un llamamiento a la gente para que se arrepienta y crea en él, cómo único modo de prepararse para su segunda venida.